

ACTUALIDAD DE LA MISTRAL

JOSÉ VALENZUELA FEIJÓO*

"Chile es el país que menos me conoce...
y el que menos me lee".

G. MISTRAL

"Este país debiera llamarse Lucila,
en su defecto
que se llame Gabriela,
se la debería volver a querer,
a releer..."

N. PARRA

A LA MISTRAL SE LA LEE, OBLIGADAMENTE, en el colegio. Después, *motu proprio*, casi nunca. La gente recuerda algunas estrofas, terribles y desgarradas, que vienen en su *Desolación*. También, algunas de sus rondas. Pero de *Tala* y *Lagar* para acá comienza a desaparecer de la conciencia pública. Se trata, por cierto, de libros más difíciles, que logran una profundidad casi nunca alcanzada en la lírica chilena e hispana. En *Desolación* encontramos capas no menos profundas, pero el desgarró y la imprecación son tan violentos, que nadie queda indemne. Asimismo, viene una capa significativa más externa, algo más retórica y, quizá como tributo a sus tempranas lecturas de Vargas Vila y Amado Nervo, de más fácil acceso (por su elocuencia algo melodramática) al sentimiento corriente. Esta recubierta desaparece en sus textos de madurez, cargados de "vaho y neblinas", de un simbolismo más abstracto y, como regla, muy depurados en el decir. No es ésta una poesía para leer en la Bolsa de Valores o, si del pueblo se trata, en las desatadas y despavoridas micros santiaguinas de hoy. Son poemas que exigen una lectura lenta, muy atenta y muy silenciosa: "... amar...

*Profesor e investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, sede Iztapalapa, México. Ex profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Concepción. Autor de *Crítica del modelo neoliberal, ¿Qué es un patrón de acumulación?*, México, explotación y despilfarro, entre otras.

/ lo que sin rumor camina / y silenciosamente habla”. Para los tiempos y cultura actuales, esa exigencia resulta desmedida: los lectores de antaño (tampoco muy enormes) han sido reemplazados por los televidentes (o no videntes) de hoy y éstos no parecen capaces de ir más allá de bataclanas como la Bolocco o de renovados como “Alvarito el bello Bri(b)ones”. Antifrívola y antineoliberal, la Mistral no puede sino chocar con la ideología hoy dominante.

Con todo, en algunos segmentos, aún muy minoritarios, se insinúa cierto propósito de rescate. El libro de Grínor Rojo¹ y también la muy buena biografía que le dedicara Volodia Teitelboim, pueden marcar un hito en esta recuperación (o, simplemente, apropiación o asimilación primera). Rojo examina desde diversos ángulos la obra de la Mistral y junto a hipótesis muy discutibles (de corte sicoanalítico o “asentadas” (¿?) en las pedantes incoherencias de Lacan), despliega potentes luces y/o un muy fino microscopio en el examen de uno u otro de los múltiples rostros de la poetisa. Aquí, nos detendremos a desplegar algunos comentarios a partir de las páginas que dedica a esa obra maravillosa y póstuma que es el *Poema de Chile*. De paso: ¿no es escandaloso que aún no exista una rigurosa edición crítica tanto de este poemario como de *Lagar II*, su otro gran inédito? ¿No es también un brutal escándalo la pobreza, material e intelectual, del museo de Vicuña, de la escuela-correo y de su tumba en Monte Grande? ¿No es un asco este Chile que baladronea con el Premio Nobel y que no es capaz de gastar un céntimo en recuerdos y estudios sustantivos?². ¿Es que no se quiere que la conozcamos? ¿Será acaso muy subversiva para los mores tecnocráticos?

UN AMOR MUY SELECTIVO

En el *Poema de Chile* (1ª edición, en 1967, a cargo de Doris Dana; una nueva con correcciones, ¡recién en 1997!, a cargo de Jaime Quezada, por la editorial de la Universidad de Chile), la Mistral vuelve a Chile (en *Tala*, ya nos decía: “me voy por el cuerpo de Chile, doy vida y voluntad mías. / Juego sangre, juego sentidos / y me entrego, ganada y perdida...” y lo recorre y palpa, en calidad de fantasma y acompañada de su niño diaguaita y de un

¹Grínor Rojo, *Dirán que está en la gloria... (Mistral)*, FCE, Santiago, 1997.

²La situación, para nada es novedosa. Según cuenta Laura Rodig, cuando recibió invitación a México, el entonces diputado Luis Emilio Recabarren, “informado de que ella no disponía en absoluto de dinero para sus gastos personales, y que México pagaría todo, hizo en la Cámara la indicación de que se le diera la suma de cinco mil pesos, idea que sólo obtuvo sonrisas e ironías (...). Sin embargo, en la misma sesión se aprobaron dos comisiones para militares a Europa y cada personaje llevaba su familia, servidumbre, etc., todo a cargo fiscal”. Cf. Laura Rodig, *Notas de un cuaderno de memorias*, citado por V. Teitelboim, *G. Mistral, pública y secreta*, pág. 141. Edit. Hermes, México, 1996.

huelmul: “Yo bajé para salvar / a mi niño atacameño / y por andarme la Gea / que me crió contra el pecho”. Es un viaje, un reencuentro, una reflexión profunda y un recado o mensaje de despedida. El amor parece infinito. No obstante, muchos y sólidos comentaristas (Alone, E. Concha, etc.) sostienen, *per contra*, la presencia de un rechazo y hasta odio de la Mistral al país. Y se pueden citar declaraciones muy claras al respecto. Ella nos habla de una “raza espesa, brutal, raza de pacos y mineros”³, se queja de las maledicciones, de la estrechez moral, de los prejuicios étnicos, de género y de clase. También se duele: “Chile es el país que menos me conoce (...) y el que menos me lee”. Más decisivo aún: de sus 67 años, la autora vive la mitad en el extranjero. Y si contamos a partir de los veinte años (en su tiempo la mayoría de edad legal se alcanzaba a los 21 años), tenemos 33/47, un 70% de la vida adulta desplegada fuera del país. Peor aún, desde que sale por primera vez (a México), a los 33 años, vuelve a Chile sólo tres veces y su estada acumulada no alcanza al año. En suma, vive en una especie de *destierro voluntario*.

Con todo, el amor también está allí. Nos habla del “reino / que .../ me habita como un eco”. Al igual, dirigiéndose a su niño de Atacama: “Bien mereces que te lleve / por lo que tuve de reino. / Aunque lo dejé me tumba / en lo que llaman el pecho, / aunque ya no lleve nombre / ni dé sombra caminando”. Y recordando a sus montañas del Valle de Elqui, las “montañas mías”, escribe:

aunque me digan el mote
de ausente y de renegada,
me las tuve y me las tengo
todavía, todavía,
y me sigue su mirada.

Se trata, en todo caso, de un amor bastante selectivo. La Mistral agarra a Chile, le suprime algunos rasgos nada de veniales, conserva otros y agrega otros tantos. O sea, lo fabrica a su medida. Para aproximarnos a este proceder y a sus resultados, podemos escoger tres aspectos sustantivos:

Primero, el *contrapunto rural-urbano*.

Aquí, la opción es clara y conocida: “me asquea la ciénaga en que se mueve Santiago”. También nos habla de “mi pobre corazón de ciudad magullado”. Tema: las montañas, que para ella materializan lo rural (algo muy obvio para quien conozca el valle de Elqui). En el *Poema de Chile*, el niño diaguita le habla: “pasas, pasas las ciudades, / corriendo como azorada, / y cuando

³La poetisa despreciaba y odiaba al “paco” Ibáñez, el creador del Cuerpo de Carabineros. En correspondencia, el carabinero Mendoza, miembro de la Junta Militar pinochetista, declaró que le “cargaba” la Mistral.

tienes diez cerros, / paras, ríes, dices, cantas”. Ella contesta: “con entregarme a ellas / mis penas se vuelven nada”.

En el campo, nos dice la Mistral, “vivimos como hermanados”. En la ciudad, “me echan perros de caza”. Valga transcribir todo el poema “Jardines”, el que además también nos ayuda a aclarar el eje que sigue:

–Mama, tienes la porfía
de esquivar todas las casas
y de entrarte por las huertas
a hurgar como una hortelana.
¿No sabes tú que tienen dueño
y te pondrán mala cara?
A huertos ajenos entras
‘como Pedro por su casa’

–A unos enseñé a leer,
otros son mis ahijados
y todos por estos pastos
vivimos como hermanados,
y las santiaguinas sólo
me ven escandalizadas
y gritan –‘Válgame Dios!’
o me echan perros de caza.
Pero pasaré de noche
por no verlas ni turbarlas.
¡Qué buenos que son los pobres
para ofrecer sopa y casa!

Segundo, la opción *pueblo versus oligarquía*.

A la Mistral no le gustan las catrinas ni los petimetres melifluos⁴. Sabe donde le echan los “perros de caza” y donde se vive “como hermanados”. Asimismo, nos dice que en el campo, “en la gloria de los huertos”, “El que más coge convida / a otros dos que no cogieron”. O sea, nada menos que la clave del comunismo: *de cada cual según sus capacidades y a cada cual según sus necesidades*.

Sobre el punto, es rotunda: “Dicen que me he metido en la aristocracia. Hay en ella alguna persona a quien estimo; la frecuento lo menos posible. Soy, antes que todo, obrerista y amiga de los campesinos; jamás he renegado de mi adhesión al pueblo y mi conciencia social es cada día más viva”⁵. Asimismo, luego de situarse en la clase media baja, indica que “no tengo ningún interés en la promoción hacia una clase cuyos menesteres no son los

⁴Curiosamente, su más grande amor no fue ni recio ni plebeyo. Más bien, un tanto melifluo. Pero esto es materia que tiene que ver con la ausencia e imitación del padre y, como consecuencia, de los roles sociales mal asimilados (o internalizados) en su infancia, algo que aquí no abordaremos.

⁵Según V. Teitelboim, ob. cit., pág. 133.

míos, en cuya manera de placer yo no tengo ningún agrado y cuyo poder no le ambiciono ni en mínima parte”⁶.

Conviene desde ya advertir: en plena congruencia con el malestar que le provoca lo urbano, en el seno del pueblo las preferencias de la Mistral son inequívocas en favor de los campesinos. Según nos lo dice, “no hay, entre lotes de desventura, que son tantas en este mundo labrado célula a célula para la desgracia, no hay lote como el inquilino nuestro”. Agrega que “la clase campesina comprende un 50, un 70, un 80 por ciento formidable en aquellas poblaciones. No se puede olvidar eso (...)”. No obstante, “del campesinado en Chile nadie se acuerda”. Ella reclama: “no podemos perder tantas almas (...). Dios no nos perdonaría”⁷. Por ello, al diaguaita le urge:

Pide tierra para ti, cóbrala.

Tercero, el contrapunto entre *libertad personal y valor moral versus subordinación y cobardía moral*.

La Mistral siempre defendió, con garras y muelas, su libertad personal. Cuando algún jefe pretendió obligarla a una conducta contrapuesta a sus principios y valores, simplemente renunció. Si el obispo de Magallanes le reclama por su falta de vida social y de atención a los de arriba, responde que “ni por la situación más encumbrada haré concesiones al mundo. O me admite el pueblo así o me echa”. Al despedirse de México, en 1924, le dice: “Gracias, sobre todo, por estas cosas profundas: viví con mi norma y mi verdad en esa tierra y no se me impuso otra norma; enseñando siempre tuve el señorío de mí misma; dije con gozo mi coincidencia con el ambiente, muchas veces, pero dije otras mi diversidad”⁸. Ese “señorío de sí misma”, es tal vez una de sus verdades más profundas⁹.

Por cierto, la libertad personal se puede perder: es lo que nos ha pasado con la dictadura de Pinochet. Pero ello, no necesariamente acarrea la pérdida del valor y la dignidad morales. En este contexto, preservar la dignidad moral equivale a criticar y a rebelarse frente a semejante situación.

A nuestra poetisa le atraían los rebeldes. Declara su “patrono” a Camilo Henríquez, por periodista y por “subversivo”, algo que juzga indispensable

⁶G. Mistral, *Escritos políticos* (J. Quezada editor), pág. 179. FCE, Santiago de Chile, 1994.

⁷Ibíd., págs. 268-9 y 275.

⁸Citamos según R.E. Scarpa, *Una mujer nada de tonta*, Edit. Nascimento, Santiago, 1978.

⁹En este sentido, no puede extrañar la gran admiración (retrucada) que tuvo por Romain Rolland. Para éste, valga el recuerdo, “todo hombre que lo es en verdad debe aprender a quedar solo en medio de todos y, si es necesario, contra todos. Pensar sinceramente, aun contra todos, significa todavía hacerlo ‘por’ todos. La humanidad necesita que quienes la aman le hagan frente, y, cuando es preciso, se rebelen contra ella. No la serviréis falseando vuestra conciencia y vuestra inteligencia a fin de adularla; sí defendiendo su integridad contra sus abusos de poder” (Introducción a “Uno contra todos...” –Clerambault–). Estas palabras, de tanta necesidad en el fin o comienzo de siglo, sin dudas habrían sido del todo suscritas por la Mistral.

en “aquella Colonia nuestra, tan insípida y con no sé qué blandura fea de polilla en la inacción y la pereza”. Nos dice que “él fue corajudo y casi temerario en medio de una Colonia blanducha” y, sobre *La Aurora de Chile*, confiesa un suspiro: “niña hubiese sido yo y la voceara saltando de gusto”¹⁰. También conocemos de su admiración por Sandino (le pide, a los jóvenes de América Latina, que vayan a Nicaragua, como guerrilleros voluntarios y/o que lo ayuden económicamente) y otros grandes rebeldes. Y cómo le recomendaba al joven Frei Montalva (que después resultara tan timorato e impulsor –al revés de Tomic, también gran amigo de la poetisa– del golpe militar de 1973) buscar el apoyo de tercios y pleiteadores, de indómitos y rebeldes.

Amén de los rebeldes, también están los que terminan bajando la cerviz y acomodándose a la nueva situación. Son los prohombres del “posibilismo”, de la indignidad y cobardía moral disfrazada de “realismo”. De los que predicán el quehacer sociopolítico como el “arte de lo posible” y dejan que primero la clase dominante defina y delimite lo que “*es posible*”. Es decir, los que viven agachados y se alimentan con el excremento de los de arriba.

Contra éstos, el tono de repudio es bíblico. En *Desolación*, más que hablarle al oído, *le grita* a Cristo acusando que

estas pobres gentes del siglo están muertas
de una laxitud, de un miedo, de un frío !

Reclama de los “ímpetus laxos y marchitos”, de aquellos que

por no disgregarse, mejor no se mueven.
¡Ni el amor ni el odio les arranca gritos!

Contra éstos, es terrible en su exigencia: “¡garfios, hierros, zarpas, que sus carnes hiendan!”, para que así, “les vuelva el viejo fuego del mirar”.

Hoy, en el Chile de la Concertación y de los “socialistas de mercado”, esta exigencia de recuperar el “*viejo fuego del mirar*” sería, sin dudas, catalogada como un impropio fuera del tiempo, como algo obsoleto y “pasado de moda”, como el exabrupto de alguien que no entiende el signo de los “nuevos tiempos”. El punto es claro: las transas y acuerdos oscuros, el oportunismo de los que sólo quieren trepar al poder de los oligarcas y vivir en sus bolsillos, el olvido hipócrita de los antiguos afanes comunitarios y/o socialistas, la venta a precio vil de los intereses nacionales, el acallamiento de la verdad y el desprecio mercantil de las lealtades humanas son, por cierto, signos de este nuevo tiempo. Tiempo que no puede aceptar ese para él corrosivo “*viejo fuego del mirar*”, algo que, de poder hacerlo, trataría de apagar para siempre.

¹⁰En *Escritos políticos*, págs. 80-1, edic. cit.

Gabriela vive su edad adulta en una situación de virtual exilio. A los 29 años viaja a la lejanísima Punta Arenas. Es una “desterrada en su patria”, como titula Roque Esteban Scarpa uno de sus libros sobre la poetisa. A los 33 parte a México y vuelve a Chile muy pocas veces y por muy poco tiempo. Este vivir y escribir desde una situación de *exilio* representa una situación que ha sido muy frecuente, aunque no a título voluntario, en el Chile actual. Tal vez por ello, por esta circunstancia compartida, surge una empatía espontánea con su experiencia y la obra que la refleja.

En su largo peregrinar, nunca olvida al país de origen y nunca logra integrarse cabalmente –y no parece que ése haya sido su afán– a los países que la reciben. O sea, vive una clara *situación de desarraigo*, lo cual, en algún grado, parece reflejarse negativamente en su poesía: a veces se describen paisajes y situaciones, pero hay una notoria pérdida de vigor en esos textos. Se mira mas no se siente, por lo menos no como suele sentir la Gabriela más Gabriela. Al revés, cuando habla del desarraigo *per se*, de su “oficio de extranjería”, recupera sus más altos niveles: “en país sin nombre / me voy a morir”. O en su famoso “La extranjera”: “Vivirá entre nosotros ochenta años, / pero siempre será como si llega, / (...) / Y va a morir en medio de nosotros, / (...) / de una muerte callada y *extranjera*”.

A la vez, mientras van pasando los años y las ausencias –“as time goes bye”– el país de origen va también cambiando, dejando de ser el que dejamos. En él, ya no nos reconocemos y nos comienza a resultar *extraño*. O sea, emerge un segundo y más grave desarraigo: ahora, respecto al país que *nos fuera* “*propio*”. Este nuevo extraño, además, no nos llama y ya no nos quiere. Para él ya no existimos, somos una “nonada”:

Me han contado las comadres
que tú eras, que tú fuiste,
que tuviste nombre y casa,
y bulto, y país y oficio;
pero ahora eres nonada,
no más que una “aparecida”,
bulto que mientan fantasma,
que no me vale de nada.

De aquí, por cierto, no hay más que un paso, o ninguno, para desembarcar en la rabia y el repudio. Es el viejo amante que ahora nos rechaza, que ya no nos habla y que ni siquiera nos reconoce.

Pero no sólo opera ese mecanismo más o menos elemental que nos lleva de la frustración a la rabia y rechazo. Si agregamos que la nueva realidad de la patria original, amén de extraña, resulta *objetivamente repudiable* (como



0



Gabriela Mistral

vg., hoy lo puede ser el Chile neoliberal), tendremos claro que el repudio-rechazo es casi inevitable y que puede alcanzar muy altos decibeles. Este odio, en todo caso, encubre un amor que también es real. O sea, se trata de un rechazo que, a la vez, *nos une y ata a ese algo repudiado*.

El amor, así oprimido, amordazado o recubierto, busca como sea alguna salida, alguna vía que le permita respirar. Y la suele encontrar por la vía de la *nostalgia*, del recuerdo de lo que fue y que aún está dentro de sí (“no me cuesta, no / recobrar canción perdida”), de un antaño que además se pasa a *idealizar* casi siempre con muy poco recato. La que fuera tierna “cuatro añitos” sueña “la gloria de los huertos” y se dice:

Yo me tengo lo perdido
y voy llevando mi infancia
como una flor preferida
que me perfuma la mano.
Y la madre va conmigo
sol a sol y día a día,
va con rostro y va sin llanto
cantándome los caminos.

Junto al sendero de la añoranza, se suele ensayar otra ruta de salida: se imagina y hasta se conceptualiza un *futuro ideal*, una patria que podamos querer y que *nos llame*. Es decir, que nos permita la vuelta y la consiguiente recuperación del amor perdido. Según Grínor Rojo, en la Mistral este futuro funciona como utopía, como un algo irrealizable. En sus palabras, “el pasado que recuerda y el futuro que anticipa son (...) tiempos míticos ambos. El Chile al que Mistral ‘puede’ regresar, pero al que puede regresar sólo por la vía del sueño y en calidad de fantasma, es el Chile de la nostalgia y la profecía o, dicho de otra manera, es un Chile cuyas máculas han sido lavadas por la memoria poética”. El Chile real, “el del lenguaje patriótico huero, y que entretanto esconde y fabula a los indios, despoja a los campesinos, hambrea a los obreros y discrimina a las mujeres, el Chile que habla fuerte y golpea la mesa, ése es el Chile que no está en el *Poema de Chile*, y no está porque Gabriela Mistral no lo puede sufrir. A ese Chile ella no puede volver”¹¹. Alguien podría quizá pensar que Rojo, en lo dicho, alude más al Chile de Pinochet que al de Gabriela. Por ello, valga advertir: entre el Chile *previo* al Frente Popular de 1938 y las políticas de industrialización que le siguieron, que es el Chile que critica y repudia la Mistral, y el Chile *actual*, el de Pinochet y la Concertación, hay algunas semejanzas y analogías no menores¹². Pero también hay diferencias muy sustantivas. La mayor: hoy tene-

¹¹G. Rojo, ob. cit., págs. 326 y ss.

¹²En 1926, ahora instalada en Francia, le escribe a Aguirre Cerda. Dice que volver a Chile, desde

mos una sociedad burguesa (i.e. capitalista) sin agujeros, que *todo* lo controla y que *todo* lo ha invadido: las cosas y las almas. En el viejo Chile, la industria era débil o inexistente, capitalismo fuerte sólo se daba en la minería de exportación. El grueso de la ocupación se situaba en el medio rural y allí imperaban relaciones semicapitalistas, con fuertes resabios feudales. En la perfecta síntesis de G.M., “el triángulo nacional de mina, agricultura y crédito forma la viscera cordial de la vida chilena”. Ese Chile, cuasi rural y todavía tradicional, donde pastan los Pedro Prado y los Magallanes Moure, es el que Gabriela rechaza y ¡ajo!, a la vez ama.

Ahora bien, en *ese tiempo*, se era radical (subversivo) criticando al latifundio semifeudal y se podía ser progresista impulsando el capitalismo. Hoy, esa feudalidad no existe y “el perdón de Dios”, tan buscado por Gabriela, nos exige enarbolar un programa secamente anticapitalista.

EL CHILE QUE SE BUSCA

Conviene precisar algo más esto del “Chile ideal” que se estaría proyectando en el *Poema*. Podemos recorrer una y otra vez sus páginas y, al menos en términos directos, encontraremos una masa mínima, muy mínima, de relaciones sociales, lo cual, si se trata de hablar de un “nuevo Chile”, es por lo menos sorprendente. Por cierto que está e incluso como nudo central el diálogo entre la poetisa –fantasmal y trascordada– y el niño diaguíta que recoge de un helecho y que lleva, educándolo en el ser y “habla” de la naturaleza, a lo largo de todo el territorio. Le enseña a descubrir y amar a Chile, pero al Chile geográfico-natural, al de sus plantas y árboles silvestres, al de sus ríos y cielos y, sobremanera, de sus cerros y montañas.

En lo demás, se alude, con tono genérico y hasta algo vago, a campesinos, indígenas y “huerteros” (i.e., pequeños agricultores). O sea, al pueblo en general. Aunque, valga el subrayado, visto no tanto como clase(s) social(es) en acción (o con la posibilidad de ese “ser para sí”, de llegar a ser sujeto histórico pleno, actuante y políticamente decisorio), sino, más bien, como “personas”, como seres humanos que, *a partir de su condición genérica* (i.e., *de clase*), son humanos en los cuales podemos confiar y a los cuales se puede y debe amar. La Mistral no es ingenua y no olvida la posición de clase en que los hombres se sitúan. Pero de ella, más que las consecuencias políticas (como lo haría un Marx, un Brecht o, en parte, un Neruda) le interesan sus conse-

México, fue de las peores impresiones de su vida. Vio “mafias pedagógicas”, “la misma esclavitud rural” y también, en lo que parece estar hablando del Chile de hoy, del nuevo milenio, dice que “vi una clase media enloquecida de lujo y de ansia de goce, que será la perdición de Chile, un mediopelo que quiere automóvil y té en los restaurantes de lujo”. La Mistral era de mirar rápido y agudo: en pocas semanas, prefigura a “La Chica del Crillón” y a sus nietas del fin de siglo.

cuencias cotidianas y a la mano, el cómo esa posición moldea la subjetividad de los humanos.

Como vemos, se trata de un Chile en que: i) el peso de lo natural es muy mayor; ii) las relaciones sociales que se dibujan son mínimas y de corte primario. Es decir, del tipo “cara a cara”.

En ello se refleja la infancia de Lucila Godoy. Como ella misma ha contado, de niña era poco sociable y hablaba, largamente, sola y sólo, con árboles, plantas y animales. Al punto que la creían media loca (o hasta medio retardada según la cataloga la “certera” directora del colegio de Vicuña). En la descripción de González Vera, “por su sino tímido, más que en charlar con chicos de la vecindad, se entretiene en tallar figuritas en panes de tiza, o se va al huerto y habla a los almendros (...) Suele desaparecer. Quien la llame y la busque descubre que está sentada en la arboleda, hablando amistosamente a un par de iguanas, seres espantables para muchos, que tiene en sus rodillas como si fueran apacibles avechitas. Compruébase que no hay pájaro ni bicho que no la ronde. Murmura algo para cada uno”¹³. En el mismo sentido, recordemos que nos ha dicho que “la patria es el paisaje de la infancia”, algo que en el *Poema de Chile* asume a perfecta cabalidad.

Pero hay algo más. Cuando Gabriela reclama que la construcción de casas –i.e., el aparecer y desarrollo de las ciudades– le pierde las montañas y los cielos azules, lo más consustancial a su valle elquino (“... es que me ahogan las casas. / Oye tú, cuando las hacen / desperdician las montañas, / apenas si ellos las miran / como si fueran madrastras”), está también reclamando contra el desarrollo del capitalismo e inclusive, contra el crecimiento económico *per se*. O sea, nos encontramos con algo así como un voto implícito a favor de la pobreza digna, de niveles de ingreso no excesivamente elevados. Se opone al lujo y a lo que Galbraith denominara “afluencia”¹⁴. En sus palabras, “el dinero ensucia”.

En este contexto podemos recordar una de las hipótesis más generales de Marx: la que nos habla de la *necesaria adecuación* entre el carácter de las fuerzas productivas y el carácter de las relaciones sociales de producción. Dado esto, podemos advertir que ese tipo de fuerzas productivas, implícito en el discurso mistraliano, resulta lo *congruente* con un régimen de propiedad familiar, de pequeños productores independientes (mercantiles o no). En este conjunto o modo social de producir impera una base de pequeña producción (huerteros), no existe la explotación del trabajo ajeno (el pro-

¹³J.S. González Vera, *Algunos*, Edit. Nascimento, Santiago de Chile, 1967.

¹⁴El rechazo se apoya en un criterio moral y también en lo que cree es una limitante técnica por la vía de la productividad del trabajo. Nuestra poetisa piensa que se puede suprimir la miseria mas no la pobreza. Esta noción (por cierto falsa) es muy sugestiva y la comparte con autores como Rousseau, Proudhon y otros que critican al capitalismo a partir de la óptica del pequeño productor independiente y mercantil, campesino o artesano.



ductor o trabajador es propietario de sus medios de trabajo y se apropia de *todo* el producto generado) y el grupo social dominante es el pequeño de corte familiar. Las relaciones son “cara a cara”, poco abstractas y, como regla, con un fuerte contenido de sentimientos y de solidaridad. Tal es el universo mistraliano, la utopía comunitario-natural que esboza en su *Poema de Chile*. Lo que también resulta muy cercano (sólo en su dimensión “virtuosa”, la que olvida el lado “malo” de la cosa) al mundo que le toca vivir en su primera infancia, en su ya mítico valle de Elqui.

Una sociedad de pequeños productores, tal es la base económico-material (el “secreto más recóndito”) del Chile buscado o imaginado por nuestra autora.

El sueño llega a asumir un tono religioso. El viaje por el territorio lo hacen tres personajes: la Mistral como fantasma, el diaguíta y el ciervo chileno o huemul. En sus palabras:

... los tres somos uno
por amor o por misterio

Esta trinidad también es recompuesta –en actitud muy suya– a voluntad de la poeta. El huemul, pese a su corporeidad, funciona como el Espíritu Santo; el diaguíta como el Dios Hijo y la Mistral, como fantasma (“que no da sombra caminando”) o “vaho” que sustituye al Dios-Padre. A éste no parece aceptarlo como hombre y le usurpa sus funciones de creador-educador. Además, le reemplaza el tono autoritario por un “espíritu santo” muy diferente, ajeno al del cóndor y sí propio del huemul chileno. Recordemos que alguna vez la Mistral propone borrar o disminuir el papel que los chilenos le otorgan al cóndor: “yo confieso mi escaso amor al cóndor”, pues se trata de un ave rapaz y que vive de la carroña. En cambio, el huemul estaría representando los valores a impulsar en un nuevo Chile. Propone “espigar en la historia de Chile los actos de hospitalidad (...) y las acciones fraternas”. Apunta que “ha abusado la heráldica de las aves rapaces” y que “mejor es el ojo emocionado que observa detrás de unas cañas, que el ojo sanguinoso que domina sólo desde arriba”. En su opinión, “el huemul quiere decir la sensibilidad de una raza: sentidos finos, inteligencia vigilante, sana (...). Su fuerza está en su agilidad. Lo defiende la finura de sus sentidos: el oído delicado, el ojo de agua atenta, el olfato agudo (...). En él se olvida la bestia, porque llega a parecer un motivo floral”¹⁵.

En este juego de sustituciones, lo que en realidad la Mistral (que Dios-Padre ahora transformado en éste su ser sublimado) “administra” es más bien un poder vicario y que no se lo arranca al autoritario Dios-Padre, sino que le es *concedido* por la madre-tierra o Gea, esa divinidad suprema y definitiva, dadora de “gracia”, que vigila y cuida a esa peculiar trinidad que va

¹⁵Ver su “Menos cóndor y más huemul”, en *Escritos políticos*, edic. cit.

viajando a lo largo de nuestro territorio. En realidad, la poeta, en acto muy subversivo, reemplaza al Dios-Padre (que se queda sin funciones, como algo superfluo) por la Madre Gea y a ésta la pone por encima de todo, en primer lugar de la trinidad santa que ella, también “mama”, conduce¹⁶.

En una agricultura poco avanzada, la tierra y su fertilidad resultan vitales. De ella, de su “espontaneidad”, de sus “caprichos” y no de la ciencia y tecnologías que pueda aplicarle el hombre, depende la misma vida de los huerteros. Ya lo decía Holbach: detrás del buen Dios siempre está la impotencia de los hombres. La tierra se transforma en la divinidad suprema, en la Gea dadora de “gracia”, de bienes y de vida:

Chiquito, yo fui huertera.
Este amor me dio la mama.
Nos íbamos por el campo
por frutas o hierbas que sanan.
Yo le preguntaba andando
por árboles y por matas
y ella se los conocía
con virtudes y con mañas.
(...)
Esta Patria que nos dieron
apenas cría cizañas,
gracias le daba al señor
por todo y por esta hazaña.
Le agradecía la lluvia,
el buen sol, la trebolada,
la lluvia, la nieve, el viento
norte que nos trae el agua.
Le agradecía los pájaros,
la piedra en que descansaba,
y el regreso del buen tiempo.
Todo lo llamaba ‘gracia’.

¹⁶Recojamos dos comentarios de Rojo: i) “el culto de la Tierra es el culto a una divinidad que es y que no puede ser sino femenina, divinidad que por lo mismo discrepa del protagonismo patriarcal de la religión judeo-cristiana”; ii) “el culto de la Madre Tierra opone al trascendentalismo del proyecto masculino en Occidente, metaforizado en el plano religioso por la lejanía absoluta de Dios, un proyecto femenino alternativo, en el que la particularidad, la concreción y la cercanía son los rasgos que caracterizan a la divinidad”. En ob. cit., pág. 159. Cabe corregir, al menos en ii), el peligroso lastre metafísico que carga Rojo: esos caracteres (“particularidad, concreción, cercanía”) no son propios de la mujer *per se*. Son los propios, *para hombres y mujeres*, de todo sistema asentado en una base de pequeña producción. Y si la mujer, hasta hace muy poco los ha conservado, es porque todavía no se ha liberado completamente del trabajo doméstico. Pero si abandona éste, esos rasgos (o “estructura de personalidad”) deben desaparecer. A menos que Rojo se nos transforme en biólogo y nos muestre alguna dotación genética muy particular (y hasta hoy desconocida), no debemos olvidar que lo que se discute y opera como sustrato de todas estas especulaciones es un determinado sistema de relaciones sociales.

En semejante clima, es casi inevitable dar el paso que nos conduce a una visión panteísta del universo o, más bien, de nuestro entorno. Esta “cosmovisión”, muy típica en las sociedades agrarias, es también muy fuerte en la Mistral. Es el panteísmo agrario e indígena subrayado por Ciro Alegría¹⁷.

Ahora bien, este Dios que está por detrás de cosas y criaturas es la Gea, la Madre Tierra. Ella posee “gracia”: nos regala o *distribuye* bienes y vida. También es creadora o *productora*: de esos bienes y de nosotros mismos. También nos dice que “ella muda”: se *transforma y cambia*; renueva el acto de la producción y diversifica sus productos: “Gea siempre tiene más...”. Ella vive, muere y vuelve a vivir con cargo a sus criaturas (“ella muda, crea, alumbra”), las que aparecen y desaparecen: “nosotros anohecemos”. En el cuarto lugar de estas propiedades teologales tenemos que la Gea es *eterna*. Si nosotros somos “pasajeros”, ella no lo es, “ella se queda”. Nosotros salimos y volvemos a ella, somos sus transeúntes visibles y su manifestación en una singular dialéctica de lo general y lo particular. Ella, la poetisa, lo pone así:

Gea siempre tiene más
palmas, alerces y cedros;
nosotros disminuimos
con cada soplo y aliento;
ella muda, crea, alumbra,
nosotros anohecemos.
Ella se queda; nosotros
‘pasamos como los sueños’.
Llegamos un día, al otro
Ni ‘somos ni parecemos’.

Se puede, por cierto, dar un paso adicional en este juego de sustituciones y reemplazar a la Gea por el *trabajo humano*. Es decir, un salto que no nos lleva de uno a otro dios sino hacia la *des-divinización* o “divinización” (con muchas comillas) de lo humano. Pero no es esto materia de campesinos sino de otros “portadores”: trabajadores, urbanos y asalariados. Un salto, por ende, que por escapar a su horizonte vital y posible, malamente podía dar nuestra gran poeta.

LA POSTURA POLÍTICA: AFANES E IMPOTENCIAS

La Mistral no fue ni militante ni mucho muy activa en los asuntos políticos. Pero bastante se preocupaba de ellos y de lo que, en su época, se llamaba la

¹⁷“Su panteísmo, hecho de amor por la tierra, el sol, la naturaleza toda, tiene a mi ver origen indio, pero en términos teológicos puede emparentarse con el de Francisco de Asís, puesto que si todas las cosas representan a Dios, amarlas es una manera de llegar a El”. En Ciro Alegría, *Gabriela Mistral íntima*, pág. 66. Editorial La Oveja Negra, Bogotá, 1980.

“cuestión social”. Si recorremos sus escritos sobre la materia, veremos además que poseía una sensibilidad muy fina y lúcida. Sus artículos sobre Balmaceda, por ejemplo, son simplemente notables.

De sus afanes sociopolíticos ya hemos hablado en los apartados previos. Pero conviene insistir en algunos puntos claves de su ideario: a) el nacionalismo; b) el socialismo; c) su idea del bloque democrático.

Primero, su *nacionalismo*. Entendido éste no como lo quieren las ridículas vestales del pinochetismo sino como independencia nacional, como un ser nacional *auténtico*, que no vive de prestado y que despliega a plenitud su *autonomía*, la cual, valga el agregado para los heraldos de la globalidad, no significa vivir como las mónadas de Leibniz sino, simplemente, un acercarse a los demás sin perder la identidad propia, sin diluirse en los poderes imperiales, el Palmolive (Gabriela *dixit*) o la Coca-Cola.

La afirmación nacional, según la Mistral, debe apoyarse básicamente en la “campesinería” (subraya aquí la importancia del ejemplo francés), recoger las tradiciones autóctonas y plantearse a escala continental (o sea, indoamericanismo un poco o mucho a lo Haya de la Torre). La postura nacional provoca tres oposiciones: i) de los latifundistas pues afirmar lo nacional supone repartir la tierra a los campesinos disgregando el latifundio feudal; ii) la ya indicada frente de los poderes imperiales (EE.UU. en particular); iii) también, de los segmentos más entreguistas de las oligarquías dominantes, muy ligados a la banca y gran comercio: la “burguesía intermediaria” o “compradora”. En suma, oposición de lo que Claudio Véliz denominara “las tres patas de la mesa” del “primario exportador”, o sea, de lo que *en nosotros* fue el “ancien régime” que combate la Mistral.

Comentando la Revolución Mexicana y los conflictos de esa gran nación con los EE.UU., su postura es cristalina: “Desde los primeros años de su independencia los Estados Unidos se trazaron una línea absoluta de proteccionismo industrial” (*ad notam* del FMI y sus sirvientes autóctonos, los Eyzaguirre, Massad, Ominami y Cía.), pero esa política la combate cuando otros la aplican: son como el padre Gatica, el que “predica mas no practica”. Nos habla del “odio justo” del pueblo mexicano hacia los EE.UU. por el robo de Texas: ese país “se anexó un tercio del territorio mexicano en medio del silencio cobarde de los otros países y con la sencillez con que se anexan cien kilómetros cuadrados”. Agrega, escribiendo en 1923, que el gobierno mexicano “ha declarado ahora la nacionalización del subsuelo, en medio del escándalo de las compañías petroleras. Es cuestión vital para México (...) Un pueblo tiene perfecto derecho a defender las cosas que han pasado a ser la fuente misma de su vida económica”¹⁸. Nuestra autora reclama de los acuerdos que, “siguiendo la lógica de los negocios”, se dan “entre los intere-

¹⁸En *Escritos políticos*, págs. 244-5, ed. cit.

ses de los capitalistas criollos y los intereses de los capitalistas extraños". Recuerda que debajo de esos intereses está "la masa de un pueblo que no verifica estos arreglos y que sólo los padece, masa que constituye el cuerpo del país, es decir la carne de la patria y que, no habiendo comprado ni vendido, debe sufrir las consecuencias enteras de la terrible operación". Para la poetisa, hablar de patria y de nacionalismo es hablar de lo *efectivamente nuestro*: "tierra nuestra podemos llamar solamente a aquellas que según las listas de los municipios llevan nuestros nombres y apellidos nacionales en la inscripción de la propiedad; riqueza nuestra es aquella cuyo caño abastecedor, sea de petróleo, de goma o de melaza, es sostenido por manos propias, por las manos de nuestro color"¹⁹.

Segundo, maneja un *socialismo* sui generis. Démosle la palabra: "soy una socialista; pero no de Blum, ni del sanguinoso Stalin, sino (...) del Imperio de los incas, o de su plagio, las Misiones del Paraguay (...)". Con menos retórica (esos modelos, por lo menos el inca, eran muy "sanguinosos" y más cercanos al despotismo asiático que a cualquier comunismo) y más precisión, nos dice que "soy una especie de izquierdista tradicional (...). Soy socialista. Un socialismo muy particular, es cierto, que consiste exclusivamente en ganar lo que se come y en sentirse prójimo de los explotados"²⁰.

En el *Poema de Chile* es muy obvio que el niño diaguita por ella educado también representa el futuro chileno que desea la Mistral. En un momento del periplo éste le dice:

—Mama, repite otra vez
aquello, aquello que has dicho,
que vamos a tener todos
sí, sí, huerta...o huertecillo.
Pero tanto tiempo dicen
eso mismo y no ha venido.
—Cree ahora a quien lo dice.
La huerta viene en camino.

Luego, en otro momento, el diaguita le pregunta "a dónde vamos a llegar (...) Dilo, Mama". Ella responde:

Te voy llevando a lugar
donde al mirarte la cara
no te digan como nombre
lo de 'indio pata rajada',
sino que te den parcela
muy medida y muy contada.

¹⁹Ibídem, págs. 289 y 295.

²⁰Citamos según V. Teitelboim, ob. cit., págs. 209 y 236.

Porque al fin ya va llegando
para la gente que labra
la hora de recibir
con la diestra y con el alma.

En suma:

yo veo una tierra donde
tienen huerto los huerteros.



Conviene remarcar: en el *Poema de Chile* la reivindicación por la tierra –por ende, lo que el campesino más desea– es la *única* reivindicación social que allí aparece. En cuanto a los araucanos, ellos “cayeron” pero “volverán mañana” (¿otra prefiguración de G.M.?). Ellos fueron despojados de “bosque y montaña” y, por lo mismo, su vuelta pasa, igualmente, por el acceso a la tierra.

Como se ve, se nos queda incluso por debajo del proyecto –también cristiano aunque hereje– impulsado por las huestes de Tomás Münzer. El “socialismo mistraliano” es de corte rousseano: no hay propiedad colectiva de los trabajadores sino un mundo de pequeños productores independientes y propietarios. Por ello, no puede sino asentarse, en lo fundamental, en el impulso de los sectores campesinos. Conviene situar este afán en el contexto estructural con que se enfrenta la Mistral. ¿Quién puede encabezar las “tareas nacionales”? ¿Quiénes la combatirán? Empezando por esta última interrogante, de lo anotado podemos inferir que latifundistas, grandes banqueros y comerciantes, más el capital extranjero, se oponen al proyecto nacional. De donde habrá que buscar los impulsores en el resto de las clases y fracciones existentes en la realidad nacional. Apuntando a lo básico tendríamos: burguesía industrial, proletariado industrial y campesinos. Los dos primeros, más por su *potencial* político y social que por su “actualidad” *en ese tiempo histórico*. Los terceros, por su masa más que por sus capacidades de dirección. Por cierto, cada uno de esos actores privilegia formas de propiedad muy diferentes, siendo la propiedad familiar o “campesina” la que privilegia la Mistral. Agreguemos que en el caso de los dos primeros sujetos históricos posibles se debe esperar un muy *fuerte desarrollo industrial*, el que se visualiza como clave de la “independencia económica nacional”, lo cual –la industrialización– nuestra autora no parece apreciar. O sea, le concede muy poco interés: la civilización nueva que busca “no nos vendrá por el auge industrial”²¹.

En tercer lugar, tenemos su afán por empujar, en función de lo anterior, un *vasto bloque democrático*, con el pueblo (incluyendo capas medias) como

²¹“En el día de la cultura americana”, conferencia dada en La Habana, en 1939, ante la Asociación de Escritores y Artistas. En *Escritos políticos*, pág. 286, edic. cit.

masa fundamental y, algo muy singular aunque en ella perfectamente coherente, con los campesinos, sus amados “huerteros”, como fuerza dirigente hegemónica. Después de todo lo que hemos venido exponiendo, no parece necesario entrar en demasiadas justificaciones adicionales sobre este punto. Ella ha dicho que “alguna vez han de dar signos de sí y echar vagido esas masas campesinas que hacen horizonte como la hierba, y que siguen allá, ausentes de la cosa política”. Más aún, ha pedido la “formación de un partido agrarista”²².

Sólo cabe apuntar que la historia conocida nunca ha recogido ese afán hegemónico. Sin la participación campesina, los proyectos nacionales fracasan o se debilitan in extremis. Pero con dirección campesina, simplemente no funcionan. En el caso de la Mistral, tuvo a su vera el ejemplo mexicano: fortísima participación campesina en un contexto muy radical pero de dirección burguesa: caso más que claro en su alabado Obregón. En cuanto a Chile, años más tarde bajo la dirección inicial de su amigo Aguirre Cerda se daría otro intento, bastante más débil y pacato, con participación obrera, dirección burguesa y casi *exclusión* de los campesinos (Aguirre mismo, al llegar a la presidencia, predica la “tregua en el campo”). Ahora bien, si G.M. pedía privilegiar el interés de la “campesinería” y a la vez reconocía la pasividad y hasta incapacidad política de aquéllos, ¿percibía la contradicción? ¿Cómo pensaba resolverla? Con cierta vaguedad, sí la percibía pero, que sepamos, nunca la abordó a fondo: la rehuía con el temor de toparse con lo que anula y aniquila la vocación más propia. Por lo mismo, poco o nada dice sobre el cómo. Con todo, si espigamos por aquí y por allá, podemos discernir cierta creencia o ¿esperanza?: que un grupo o delgada parte de la clase alta, un grupo iluminado, místico con olor a cristiano antiguo, a la Lev Tolstoi, se pusiera al frente de sus huerteros y les diera la “gracia”, la lucidez exigida por el cambio social buscado. Hacia atrás, esa “luz” o “gracia”, la ve en Balmaceda (“el hermoso varón... alborotó muchísimo a su propia clase... lo trabajaba una especie de angustia por nuestra feudalidad...parecía como nunca el dueño de consentimiento nacional”). Hacia adelante, la veía en la Falange chilena (“mal nombre pero buenos hechos”), la de Frei Montalva, Tomic y Bernardo Leighton. Ante la impotencia, Gabriela se pone a rezar, pidiendo el milagro.

En su tiempo, la postura que enarbola la Mistral resulta, a veces, muy radical y hasta subversiva del “viejo orden”. Pero no caigamos en la mistificación y en apropiaciones deformadoras e indebidas. Ella nunca fue una izquierdista “tout court”, consecuente, marxista. Nos habla de “mi índole refractaria al extremismo político”, confiesa su terror ante las hordas jacobinas y una y otra vez se opone a los regímenes “comunistas” que emergían en el este europeo.

²²Ibidem, pág. 268 (“Pasión agraria”, 1928).

A veces, en situaciones muy concretas y a la mano, rompe con sus prejuicios. Por ejemplo, hablando de la educación chilena, apunta que al volver a Chile “vi una mafia pedagógica de gente inepta, sin una luz de creación, queriendo dominarlo todo, y me parecieron más puros los pobres bolcheviques de la Asociación de Profesores”. Asimismo, declara que “cuando alguien desnuda las miserias de nuestra educación, como esos pobres maestros llamados comunistas, con valor civil, con datos, con ganas de reformar de raíz, se les desprestigia, se les echa fuera”²³. Apunta también una crítica a no olvidar: “Lo que más falta en la izquierda marxista es una juventud estudiosa, informada, cauta, sin gritos, y sin alcohol totalitario”²⁴.

¿Por qué su abominación del comunismo? A ella, no se le escaparon las máculas del estalinismo²⁵ y a partir de su formación cristiana (luego de un corto y no muy firme período positivista en su adolescencia coquimbana) rechazaba acremente toda postura materialista (u objetivista). Pero en su postura hay algo más que discrepancias morales, políticas y filosóficas. Por debajo de éstas, en plano cuasi inconsciente y regulando a aquéllas, operan los prejuicios clasistas más sustantivos, los que derivan de su condición, nunca olvidada ni renegada, de campesina. Al respecto, una carta que le envía a Aguirre Cerda, el 10 de abril de 1933, es muy reveladora. En ella sostiene que ante el peligro comunista “habría que hacer la defensa del orden a base de campesinos deudores de algún beneficio efectivo al gobierno (una verdadera división de la propiedad), pues son la única fuerza que se puede oponer a los obreros en una guerra civil, que tarde o temprano va a venir”²⁶.

Se trata de un auténtico exabrupto en que se le sobrepone la pequeñez de la condición campesina y todos los prejuicios que le suelen acompañar. Después de todo, por su posición estructural objetiva, si de mutaciones sociales se trata, la vocación más interna de todo pequeño burgués es transformarse en gran burgués y no en un vil proletario. Aquí, el salto cualitativo lleva directamente a la nada y a una nada que, a diferencia de la de Hegel —cuya nada engendra el ser—, es sentida como simplemente estéril, para nada productiva.

En lo inmediato, las consecuencias del prejuicio son claras: se rompe y debilita el bloque democrático y, con ello, se facilita la preservación del “ancien régime”. Tenemos aquí, curiosamente, una coincidencia invertida con las posturas que en la URSS tuvieron Trotsky y Stalin. Estos rompieron la alianza obrero-campesina con políticas que destruían a los campesinos. La Mistral, que pide apoyarse en los campesinos para derrotar a los obreros (demostrando, de paso, que ha estudiado muy bien la experiencia histórica

²³Ver sus *Escritos políticos*, cartas a Aguirre Cerda, edición citada.

²⁴Ibidem.

²⁵Se refería a Stalin como un “Pantagruel”.

²⁶En *Escritos políticos*, pág. 104, edic. cit.

francesa y las bases sociales de Napoleón Bonaparte y los que le siguieron, hasta De Gaulle), también apunta, por el otro lado, a destruir el bloque democrático. Por cierto, subsiste una diferencia que no es menor: si los primeros no vacilan en destruir, a su modo, el capitalismo, ante esa posibilidad la Mistral retrocede aterrada. En confusión muy típica y que no es de ella privativa, piensa que “a pesar del Valle (del valle de Elqui, J.V.F.), no existe otra cultura que la que llaman greco-romano-cristiana y eso es, *eso*, lo que está cayendo hora a hora en la desgraciada Europa”. Como vemos, se le escapa la noción de una mutación histórica “superadora”, esa negación-afirmación que Hegel rescataba con el vocablo *aufheben*. Aunque tratándose de Gabriela, parece algo arrepentida de su énfasis y agrega de inmediato una corrección no menor: “Si Ud. quiere, enunciando la fórmula, achicándola: la cultura mediterránea, el simple *borde*. Porque del Loire arriba ya Francia no me gusta”²⁷. En corto, la Europa protestante y, por ende, transida del “espíritu del capitalismo” (a la Sombardt) no le place y se refugia en la parte más atrasada, la menos capitalista y con más resonancias del medioevo: lo que llama el *borde*. O sea, al final de cuentas, parece aceptar la negación del capitalismo pero por una vía asaz sugerente: la que nos vuelve hacia atrás, donde ella está más cómoda pues habitan sus fantasmas. En su propia y bella confesión:

Los hombres no quieren, no,
ver que marchan con fantasmas,
aunque así van por las rutas
y viven en sus moradas!

En la propuesta política mistraliana que estamos discutiendo conviene distinguir sus propósitos más generales –justicia, libertad, democracia, vida digna– de los modos concretos a través de los cuales piensa que esos ideales se pueden materializar. Los primeros, conservan toda su validez. Los segundos nos resultan históricamente impotentes. Veamos esto.

Primero: su ruralismo ha quedado fuera de foco. Hacia 1920 se podía catalogar como rural, en términos gruesos, a casi cuatro quintas partes de la población total. Hoy, mediados del 2000, cuando mucho a una sexta parte: más del 80% de la población reside en conglomerados urbanos. Y la gente, como lo muestra en términos aplastante la experiencia histórica, no vuelve de las ciudades al campo²⁸, salvo para pasar sus vacaciones. No se trata de desplazar (¿a la Lol-Pot?) la gente a los campos sino de tornar habitables a las ciudades.

²⁷Carta a Ciro Alegría, en C. Alegría, *Gabriela Mistral íntima*, pág. 99, edic. cit.

²⁸No se vea en esto una pura constatación empírica, a la Hume. Hay *razones* que tienen que ver con la aparición de la industria y la diversificación de la oferta (y del consumo) que acompaña a todo proceso de desarrollo económico. En corto: si a la gente la mandamos al campo, allí terminaría por producir bienes industriales y, por ende, formando conglomerados urbanos.

Segundo: si el peso relativo de la población rural se ha desplomado, con fuerza aún mayor ha disminuido el peso de los campesinos (en el medio agrario rural crece el peso del proletariado agrícola –eventuales– y de algunas capas medias). Consecutivamente, en el conjunto “pueblo”²⁹, su participación también se ha desplomado a favor del “pueblo urbano”: obreros, trabajadores por cuenta propia, pequeña burguesía y capas medias burocráticas. La moraleja es clara: el potencial bloque democrático se modifica, cambia su composición interna y dentro de él, en las condiciones actuales, mal podrían aspirar los huerteros a una posición hegemónica.

Tercero: más allá de la miopía malthusiana de la Mistral, las fuerzas productivas se han seguido expandiendo. En Chile –que no ha sido precisamente un dechado de economía dinámica– se podría estimar, muy toscamente, que la productividad del trabajo en el 2000 es casi 4 veces superior a la vigente en 1920. El punto es claro: no se trata de congelar las fuerzas productivas (algo reaccionario amén de imposible) sino de darles una utilización adecuada, conforme a los fines sociales más genéricos que se persiguen. Un ejemplo muy concreto nos lo dan las máquinas: cuando emergen y provocan grandes bolsones de desocupados, los “luditas” reaccionan rompiéndolas. Hoy, algunos “luditas” contemporáneos, dados los problemas ambientales, nos recomiendan volver a las velas de cera y cruzar el Atlántico en bote. En corto: no es volviendo a un mixtificado hombre primitivo como resolveremos estos problemas, sino avanzando a una civilización superior a partir de la hoy existente.

Cuarto: ese desarrollo de las fuerzas productivas ha modificado cualitativamente su carácter. En lo fundamental, nos hemos despedido de una base de pequeña producción (sólo vigente en los “bordes”) para ascender a un régimen de producción a gran escala. Y lo que esto acarrea es la clave mayor de todas las impotencias del modelo social mistraliano: bajo semejantes condiciones, *la propiedad personal o familiar ya no es viable en una escala significativa*. Por lo mismo, si se trata de distribuir equitativamente la propiedad (afán genérico de la Mistral), no hay más remedio que pensar en *la propiedad colectiva de los trabajadores*. O sea, se trata de que éstos, funcionando como asociación colectiva, libre y democrática, decidan qué uso darle a las fuerzas productivas y qué uso darle al excedente generado.

²⁹El vocablo se puede prestar a discusiones. Siendo su contenido históricamente variable, en él se suelen contemplar todas las clases (o fracciones clasistas) que en cierto período histórico, por su posición económica objetiva, podrían apoyar un proyecto de cambio estructural progresivo. Alguna vez Neruda dijo que la Mistral era parte del “pueblo” chileno, usando el vocablo en el sentido antes dicho. La Mistral, siempre tan quisquillosa y que manejaba otra acepción del vocablo, estuvo en desacuerdo por ser ella parte de la “clase media”. Más precisamente, en su propio decir, “perteneczo a esa mitad segundona y pobre de la clase media que está asimilada al pueblo por su ruina”. En C. Alegría, ob. cit. Algo con lo cual Neruda coincidía totalmente, entre otras cosas, porque su origen clasista no era muy diferente.

En realidad, incluso al comenzar el siglo XX, la propuesta mistraliana concreta resultaba más que dudosa en buena parte de sus contenidos. Pero hoy, al comenzar el siglo XXI, es simplemente un absurdo, un imposible.

Las transformaciones del país son muy importantes, a no dudarlo. Como sea, más allá de los nuevos modos y formas, hay *resultantes* que se preservan: la extrema dependencia del país respecto a los poderes imperiales (que ahora se “justifica” con la burda metafísica de la “globalización inevitable”) y la también extrema desigualdad –en patrimonio, en bienes y poder– con que viven clases y estratos de clase. Y junto a ello, el estremecedor desgarramiento humano que viene provocando la lógica de un capitalismo desatado en que se venden y compran panes, decencias, almas y pantaletas, milicos y libertades. Por lo mismo, *los afanes de la Mistral*, si bien impotentes en su forma concreta, *si los consideramos en su sentido más genérico, no pueden sino mantener su vigencia y, también, su vital premura.*

Por decirlo de alguna manera, frente al ataque del ser-mercancía, se trata de revivir el “*viejo fuego del mirar*”, el de la indignación moral y de la inteligencia-imaginación creadoras, para que nos empecemos a acercar, de nueva cuenta, a ese reino de Chile (y de otros lados) que imaginaba *nuestra* Gabriela: un reino de libertad, de no explotación y de justicia, de “señorío de nos” en que “el libre desarrollo de cada uno sea la condición del libre desarrollo de todos”³⁰. Para tales afanes tenemos que llamarla, *traerla a nosotros*. Más aún, *gritarle*, pues:

Sólo volverás a verme
si con un grito me obligas.

O lo hacemos, cara amiga, o en el infierno nos freímos.

Monte Grande y México, mayo del 2000.



³⁰C. Marx y F. Engels, *Manifiesto comunista*, diversas ediciones.